
Francisco Sánchez

Indicadores de partidos y sistemas de partidos

Leticia M. Ruiz Rodríguez y Patricia Otero Felipe. Madrid: CIS. Diciembre de 2013, 255 pp.

Los análisis sobre partidos y sistemas de partidos han experimentado una revolución cuantitativa, en gran medida apoyada en el *boom* del análisis electoral. Este Cuaderno Metodológico del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) se inserta en dicho giro facilitando herramientas empíricas que faciliten la comparación diacrónica y sincrónica de los partidos y sistemas de partidos. Para ello, se usan doce indicadores que capturan dimensiones relacionadas con la estructuración ideológica, la contienda electoral, los rasgos morfológicos de la competición y la organización partidista. De cierta forma, continúa la línea marcada en la misma colección por el trabajo de Oñate y Ocaña (1999) sobre análisis de datos electorales.

Al no tratarse de una monografía —en la que se puede comentar el planteamiento metodológico, desarrollo y conclusiones de la investigación—, reseñar un trabajo como este es complejo. El texto se define por su carácter metodológico, aunque incluye una clara explicación teórica sobre los fundamentos de las técnicas que se presentan acercando, a la vez, las herramientas cuantitativas para el estudio de los partidos y el sistema de partidos a un grupo más amplio y menos “experto” de interesados en el tema.

El juntar una serie de indicadores es una de las particularidades de este texto, puesto que los distintos índices, por sus propias características, suelen publicarse en revistas académicas, sobre todo, en las que trabajan más sobre el tema como *Party Politics* o *Electoral Studies*, tal y como se podrá ver en el pormenorizado trabajo bibliográfico del libro de Ruiz y Otero. Esto no quiere decir que en revistas sobre política comparada u otras generalistas de la disciplina también aparezcan estos ejercicios, basta con recordar el famoso indicador del Número Efectivo de Partidos (NEP), de M. Laakso y R. Taagepera (1979), que apareció en

Comparative Political Studies, o la revisión que hace del mismo Molinar (1991) y que se publicó en la *American Political Science Review*.

Otro tipo de publicación en la que también podemos encontrar el análisis comparado de una serie de indicadores suele ser aquella que utiliza de forma intensiva uno o varios indicadores como uno de los ejes centrales de su trabajo. Algo así sucede con el libro de Carey (2009), en el que se analiza a profundidad varios indicadores sobre unidad de acción del partido en el legislativo, para terminar haciendo su nuevo índice como se indica más abajo en esta reseña. Aunque no comparten el objetivo metodológico del trabajo anterior o del que estoy reseñando, cabe señalar que se puede obtener mucha información sobre indicadores electorales y de partidos, sobre todo respecto a la forma en que estos se pueden usar, en textos como el de Klingemann (*et al.*, 2006), en el que se recoge una serie de evidencia empírica de los países de Europa occidental y la OCDE desde 1990, y que incluye a la vez un cd con los datos que permite hacer cálculos personalizados. Pero, como señalé, se trata de un texto más centrado en el uso de los indicadores que en su análisis en sí.

El libro de Ruiz y Otero no se trata de una simple compilación de indicadores y fórmulas, sino más bien de una selección de un número acotado de herramientas sobre las que se debate en profundidad. Quiriendo hacer una crítica fácil y obvia, cabe cuestionar la selección de los 12 indicadores que se resumen en la figura 1.1. (p. 9)¹, pues siempre se podrá decir que por qué está un indicador mientras falta otro, o por qué se ha incluido alguno que ya ha sido perfeccionado o cuestionado. Sin embargo no entraré por ahí, pues me parece que la selección realizada por las autoras es coherente con el objetivo y el esquema de la obra, que busca, sobre todo, un diálogo permanente entre teoría, datos y resultados, con el fin de facilitar la comprensión del lector sobre los alcances y límites del indicador, siendo muy conscientes, además, de que todos los indicadores no son más que un dato simplificado de una serie de información compleja. Cuestiones que se ven claramente reflejadas en los debates previos que se incluyen en el texto antes de presentar los distintos indicadores. Para una siguiente edición podría sumarse un anexo que incluya de forma sintética otros indicadores que no han sido desarrollados en el libro, pero que tratan sobre las dimensiones analizadas.

No puede dejar de mencionarse, como acierto, la diversidad de datos y fuentes usadas, lo que permite ver el funcionamiento de los indicadores en distintos contextos y escenarios, dando a la vez valor añadido al trabajo como herramienta para el análisis de política comparada. Los resultados electorales utilizados provienen de países y regiones muy diferenciadas, combinando América Latina (Costa Rica, El Salvador, Honduras, Panamá, Perú y Uruguay) y Europa (Dinamarca, España, País Vasco). Para los indicadores que necesitan percepciones, como la ubicación ideológica de los miembros de los partidos, las autoras recurrieron a las bases de datos de entrevistas cerradas a diputados latinoamericanos y autonómicos de Castilla y León o a las encuestas a ciudadanos del *European Election Studies*. El tercer grupo de

1. Como un adelanto al lector, pues los iré presentando uno por uno, quiero señalar que los indicadores sobre partidos políticos analizados en el libro son: ubicación ideológica, coherencia partidista, cohesión partidista e índice de poder del partido. Sobre sistemas de partidos, los indicadores son: polarización, superposición, cristalización, fraccionalización, volatilidad, fluidez, índice de institucionalización e índice de nacionalización.

datos proviene de fuentes documentales para el cálculo de índices como el de cohesión partidista, para lo que se utilizaron datos de las votaciones de diputados. Además, en la parte final del libro se adjunta un anexo con una serie de bases de datos (p. 212 y ss.) que incluyen información necesaria para desarrollar trabajo empírico sobre partidos políticos.

Entrando en el análisis, desde mi punto de vista, la parte dedicada a revisar las distintas teorías sobre partidos y sistema de partidos es prescindible (pp. 13-26) o reutilizable en parte en los capítulos correspondientes a los indicadores. Entiendo la necesidad de justificar las unidades de análisis, pero me parece que eso se hace de forma clara y correcta en el debate teórico que las autoras incluyen al inicio de cada uno de los indicadores, que se complementan con comentarios sobre la biografía del indicador o en la parte donde se explica cómo calcularlo, elementos en los que además el texto es muy pedagógico.

La forma en que se presentan los indicadores hace del libro una buena herramienta docente, pues combina teoría y práctica, siendo esta segunda parte desarrollada con mucha atención a los detalles del procedimiento, presentando una explicación clara de cómo funciona y opera el indicador y de la forma en que debe interpretarse. Los procedimientos complejos parecen simples. La estructura general con la que se presenta a cada uno de los indicadores es la siguiente: en primer lugar, con un debate teórico y la introducción de distintos autores que han tratado la dimensión (o dimensiones) de análisis que se está trabajando; a continuación se ofrece un ejercicio práctico en el que, en primer lugar, se ofrecen los datos con los que se trabajará seguidos de la explicación de la fórmula y de su utilización para interpretar los datos previamente presentados, concluyendo con una explicación de cómo interpretar el indicador. Cada uno de los indicadores puede ser complementado con un nuevo ejercicio práctico en el que solo se presentan los datos y la solución (pp. 191-209).

La ubicación ideológica es el primer indicador analizado (pp. 27-39). Las autoras señalan las distintas formas de abordar la ubicación ideológica como una forma de entender la identidad de un partido. En este punto el debate se centra en la capacidad explicativa que puede tener un indicador que busca reflejar en una sola dimensión aspectos complejos de la posición programática de un partido, pues podría ser estudiada a partir de los programas, las políticas públicas, una vez ya en el gobierno, o las posiciones de los miembros de los partidos. Como estoy seguro de que el libro tendrá más ediciones, recomiendo que se corrija la errata de la figura 2.1. en la que la etiqueta menciona a los partidos chilenos y usa datos de partidos españoles.

Para medir la ubicación ideológica utilizan la clásica escala izquierda-derecha. A pesar de que se trata de una clasificación política de reconocimiento y comprensión universal —se la ha llamado *esperanto político*—, los contenidos que van tomando las categorías varían de acuerdo a las trayectorias históricas de las distintas regiones en función de la consolidación democrática de los sistemas políticos o de las condiciones socioeconómicas de su población. La ventaja que tiene la referencia al contexto está en que las personas que ubiquen a los partidos o se autoubiquen sabrán a ciencia cierta de qué se habla cuando se mencionan las categorías sin necesidad de que se les tenga que explicar en qué consisten. Lo que ha generado cierto debate y discusión es la utilización de la escala en sí misma, y

sobre esto no anticipan las autoras, posiblemente porque no es el lugar. La cuestión es muy simple: en una escala de 1 a 10 se trasmite la sensación de que el 5 es el centro pero matemáticamente no lo es. La solución suele ser que se use una escala que vaya de 0 a 10 en la que los decimales que van del 0 al 1 hacen que el cinco sea realmente el centro. Hay otras alternativas, pero solo quería indicar esta posible “debilidad” del indicador.

Al ser varias las dimensiones en las que se puede detectar si existe o no coherencia (pp. 40-66) —a saber: ideológica, programática y organizativa—, se pueden utilizar varias formas de medirla. En el primer caso, la medición se realiza observando la desviación típica y la varianza de las posiciones de los miembros, simpatizantes o afiliados de los partidos (en función del grupo que se observe) sobre distintos aspectos. La coherencia programática consiste en cambio en medir el disenso en cuestiones programáticas. Pero el indicador más complejo de los utilizados para medir coherencia es el de cohesión partidista, que puede ser entendido también como el nivel de disciplina de un partido. Las autoras presentan el indicador retomando el debate sobre la cohesión partidista, pues se trata de un aspecto difícil de medir debido a que los observables que tenemos para realizar las mediciones no reflejan necesariamente el disenso dentro de un partido. Por ejemplo, la votación en el pleno de un legislativo es la fase terminal de un proceso que no refleja la negociación previa durante la cual se dan las disidencias internas. La disciplina medida únicamente a través del voto en el plenario da una visión plana del fenómeno y no refleja la producción o construcción de la disciplina, asunto que se entiende como un proceso donde se dan una serie de intercambios selectivos en los que los partidos van desarrollando habilidades para hacer que los representantes voten de la misma manera.

Que los partidos no ejerzan un férreo control sobre sus legisladores no implica necesariamente que estos no vayan a votar de acuerdo con el partido, aunque la posibilidad de indisciplina aumenta en partidos con débil control. También se puede dar que los partidos y líderes, sabiéndose débiles en ciertos temas, rebajen sus expectativas para conseguir el voto favorable de todo el bloque. Conscientes de esas dificultades, esta es la sección en la que se introducen la mayor cantidad de índices de medición de coherencia partidista, que captan de mejor o peor forma los distintos aspectos del fenómeno: el índice de Rice, el de Weldon y los índices de UNITY y UNITY ponderado de Carey (2007, 2009).

El índice de poder (pp. 67-87) es uno de los más “novedosos” de los que se recogen en el libro, no solo porque trata de medir uno de los aspectos definitorios de un partido político —la lucha por el control de la capacidad de toma de decisiones de carácter obligatorio— sino también porque se trata de un indicador que ha sido menos utilizado que los anteriores, quizá en parte por las dificultades para conseguir los datos y porque el cálculo es un poco más complejo. Utilizan dos mediciones: la primera, el índice Shapley-Shubik, que tiene en cuenta la coalición; y la segunda, el Banzhaf, que mide el poder que tiene en una votación un jugador basculante.

Los índices que tratan sobre los sistemas de partidos son de uso más generalizado y más conocidos por haber sido ampliamente utilizados por los estudios de comportamiento electoral, por lo que sus virtudes y limitaciones son más sabidas. En el texto se agrupan en

uninominales y plurinominales. Entre los primeros está la polarización, entendida como la distancia entre los partidos ubicados a los extremos (pp. 88-102), cuyo uso se extendió sobre todo con la propuesta de Sartori de combinarlo con otro de los indicadores usados, el Número Efectivo de Partidos (NEP) o su otra faceta, la fraccionalización (pp. 122-143). A estos se suman el menos conocido pero muy útil de superposición, que ilustra si los partidos comparten o no nichos ideológicos (pp. 102-114), y el clásico de volatilidad, que cuantifica el cambio de preferencias partidistas entre elecciones (pp. 143-155). Merecen mención especial los menos conocidos índices de cristalización y de fluidez. El primero sirve para medir el grado de estructuración ideológica de un sistema de partidos y se suele calcular con datos de encuestas (pp. 114-122) y el segundo mide el grado de estabilidad en la oferta partidista en la arena parlamentaria, algo cada vez más fundamental en esta coyuntura de mutación de los sistemas de partidos (pp. 155-164).

Los dos índices multidimensionales analizados son el de institucionalización y el de nacionalización. Como resulta evidente, en los dos casos se trata de indicadores compuestos que se nutren de una serie de elementos para su configuración y que usan a la vez algunos de los indicadores antes utilizados. De los dos indicadores, el que más desarrollo técnico y teórico ha tenido es el de nacionalización ya que ofrece pistas para entender mejor la competencia política desde el lado de la oferta territorial a la vez que ofrece información sobre los partidos en sí (pp. 164-190).

El cierre perfecto se hubiera conseguido con un análisis detenido y con comentarios más extensos de un único partido y sistema de partidos en todas sus dimensiones. Con ello se hubiera logrado una comprensión más profunda de las posibilidades de los indicadores, al tiempo que se ofrecería una pauta pedagógica para aprender a investigar. Este magnífico trabajo se complementaría de forma perfecta si ofreciera los datos y cálculos en un soporte electrónico que se acompañara de la sintaxis necesaria para un programa de amplio uso y acceso como, por ejemplo, Excel.

Referencias

- Carey, John M. 2007. "Competing Principals, Political Institutions and Party Unity in Legislative Voting", *American Journal of Political Science*, 51 (1): 92-107.
- Carey, John M. 2009. *Legislative Voting and Accountability*. New York: CUP.
- Klingemann, Hans-Dieter, Andrea Volkens, Judith Baram, Ian Budge y Michael D. McDonald. 2006. *Mapping Policy Preferences II*. Oxford: OUP.
- Laakso, M. y R. Taagepera. 1979. "Effective Number of Parties: A Measure with Application to West Europe", *Comparative Political Studies*, 12: 3-27.
- Molinar, Juan. 1991. "Counting the number of parties: an alternative Index", *American Political Science Review*, 85 (4): 1383-1391.
- Oñate, Pablo y Francisco A. Ocaña. 1999. *Análisis de datos electorales*. Cuadernos Metodológicos 27. Madrid: CIS.